

Biografía de Savonarola



Diarios de Avivamientos

Biografía de Girolamo Savonarola

Edición de Diarios de Avivamientos

Autor: Gabriel Edgardo Llugdar

Nos remontamos hasta el punto de la historia donde surge, sobre la agonía de la Edad Media, un vigoroso Renacimiento en Italia. Más precisamente estamos en la ciudad de Ferrara, es 21 de setiembre de 1452; y el matrimonio conformado por el comerciante Nicola Michel dalla Savonarola y su esposa Elena Buonacorsi tiene al tercero de sus siete hijos, le bautizan con el nombre de Girolamo (Jerónimo).

Su abuelo paterno, Michel, era un médico famoso y entre sus pacientes se encontraban los gobernantes de la Corte de Ferrara; pero al mismo tiempo atendía desinteresadamente a los pobres indigentes. De costumbres sencillas y de corazón profundamente religioso fue sin duda quién más influenció tempranamente en la conciencia de su nieto.

«Cuando aún era niño, Girolamo tenía la costumbre de orar, y a medida que fue creciendo, su fervor en la oración y el ayuno fue en aumento. Pasaba muchas horas seguidas orando. La decadencia de la iglesia, llena de toda clase de vicios y pecados, el lujo y la ostentación de los ricos en contraste con la profunda pobreza de los pobres, le afligían el corazón. Pasaba mucho tiempo solo en los campos y a orillas del río Po, meditando y en contemplación en la presencia de Dios, ya cantando, ya llorando, conforme a los sentimientos que le ardían en el pecho. Siendo él aún muy joven, Dios comenzó a hablarle en visiones. La oración era su mayor consuelo; las gradas del altar, donde permanecía postrado horas enteras, quedaban a menudo mojadas con sus lágrimas.» (Biografía de grandes cristianos, Orlando Boyer)

Girolamo paso una niñez sin estrecheces económicas, en el seno de una familia culta, y con un prometedor futuro que de seguro sería el de ocupar el puesto de su abuelo en la corte de Ferrara, pero su abuelo murió sin poder completar la educación de Girolamo para que fuese médico.

Mientras tanto, una familia de apellido Strozzi, perteneciente a la nobleza de Florencia, debido a los cambios políticos que allí ocurrían se refugia en Ferrara trayendo consigo a su hija.

«Se enamoró de ella Savonarola; y en este instante crítico de su existencia, pudo cambiarse por completo su vocación y su destino: correspondido, amado, perteneciendo a familia rica y noble; con opulencia en la vida, con poder en el mundo, con hijos que le obligasen a calcular lo porvenir, con el corazón sereno, con la conciencia tranquila, querido por los suyos, respetado y puesto sobre el pavés de la fortuna.... Así son siempre los redentores en el mundo. Para llegar a

la veneración de las generaciones venideras; para subir a los altares de la historia; para obtener la apoteosis de la inmortalidad, tienen que sudar sangre en el huerto de los Olivos, devorar injurias en los tribunales del pretorio, recibir de los verdugos la alevosa bofetada de la ignominia (afrenta pública), apurar hasta las heces el cáliz rebosante de hiel y vinagre, ceñirse una corona de espinas y tenderse en el patíbulo de la cruz. Imaginaos a Savonarola feliz, y hubiera indudablemente sido un buen esposo, un buen padre, ignorado de la historia y sin poder alguno para dejar en el espacio, en el tiempo, en el alma humana la hondísima huella que ha dejado. Pero vino la desgracia a visitarle, a herirle, a romperle en mil pedazos el corazón... y el dolor que le ciñó las sienas con una corona de espinas, también se la ciñó con el resplandor de la inmortalidad. Había puesto sus esperanzas en una mujer amada, concentrado su vida en lograrla, y cuando le rechazó la familia con suprema negativa, en parte a causa de su profesión, y en parte a causa de su figura, creyó que venía sobre él la muerte, cuando realmente venía sobre él la inmortalidad.» (La revolución Religiosa, Emilio Castelar)

No esta claro el motivo por el cual la familia Strozzi rechazó al joven, si por su apariencia poco agraciada, por no tener un apellido más noble, o por luchas políticas entre familias; lo cierto es que con frecuencia lo despreciado del mundo viene a convertirse en lo apreciado de Dios.

Un día asistió a una celebración religiosa en la ciudad de Faenza, se sintió conmovido por la predicación de un monje agustino y decidió allí consagrar su vida a Dios. Luchó interiormente contra el dolor del amor imposible, el dolor de un mundo que le parecía vano y el dolor de tener que dejar a su familia para seguir el camino de la Cruz.

A los 22 años de edad, un 23 de abril de 1475 y sin el consentimiento de sus padres abandona el hogar e ingresa en el convento de los dominicos de Bolonia, para realizar los trabajos más humildes y pesados del convento. Días después le escribe una carta a su padre donde le explica el porqué de su determinación



Fray Doménico Bartolomeo: Retrato de Savonarola

«El motivo que me ha determinado es ante todo la gran miseria del mundo, la iniquidad de los hombres, las violaciones, los adulterios, los latrocinios, el orgullo, la idolatría, las blasfemias crueles que deshonoran el siglo... Era el más grande sentimiento que yo podía sentir en este mundo. Por esto pedía todos los días a mi Señor Jesucristo que me sacara de este fango... Cuando plugo a la infinita misericordia de Dios, me enseñó esta vía, y yo he entrado aunque indigno de esta merced. Decidme ¿no es una gran virtud en el hombre huir de las iniquidades de este miserable mundo, para vivir como un ser razonable y no como una bestia entre los puercos? ... Así, amado padre mío, lejos de derramar lágrimas debéis dar gracias a Jesús...»

«No volvería al mundo aunque creyese llegar a hacerme más grande que César Augusto; pero al fin yo soy de carne como vos y mis sentidos combaten mi corazón. Yo necesito sostener crueles combates, para impedir que el diablo me salte sobre la espalda, sobre todo cuando oigo hablar de vos... Solo me resta suplicaros que como hombre de energía que sois, consoléis a mi madre... Concededme ambos vuestra bendición. Yo rogaré siempre por vuestras almas con fervor.»

Girolamo era de estatura media, nariz aguileña, labios gruesos, sonrisa melancólica y arrugas profundas en su frente a pesar de su juventud. Su espíritu aborrecía la tiranía y el despotismo que gobernaba en las ciudades de Italia;

gobernantes y nobles plagados de lujos pagados con el sudor de los pobres. Los bienes materiales consagrados a la ostentación, el cuerpo consagrado a la vanidad, el arte consagrado a la sensualidad, el poder consagrado a la egolatría; en fin, el paganismo disfrazado de cristianismo, la hipocresía de una sociedad que se decía cristiana pero ignoraba el Evangelio. Savonarola no odiaba la sociedad, ni odiaba al arte, ni la ciencia, ni la vida... odiaba la hipocresía. La odiaba con todo el fervor de la juventud; esa juventud que una vez agotadas las utopías y los ideales termina siendo arrastrada por la misma resignación que tanto odiaba. Pero a diferencia de otros jóvenes Savonarola no será doblegado jamás por la hipocresía. Por eso debemos dar a conocer la vida de este extraordinario joven de Dios, para animar a muchos a luchar contra la hipocresía religiosa, contra el conformismo ministerial, contra la mediocridad espiritual y contra la resignación ante la apostasía.

Más allá de los distintos puntos de vista que pueda generar la vida de Girolamo, hay una cosa que nadie puede poner en duda: Savonarola e hipocresía no son sinónimos.

Estado moral de la Iglesia de Roma

Eneas Silvio Piccolomini fue Papa bajo el nombre de Pio II, desde el 1458 al 1464, hombre de mundo, gran diplomático, escritor, amante de las letras clásicas y del humanismo. Acostumbrado al exceso de las cortes de emperadores y reyes, vivió desenfrenadamente como uno de ellos; rodeado de ostentosa pompa, lujo y sutilezas políticas.

El avance de los turcos era imparable, por lo que en 1464 Pio II asume personalmente una cruzada contra ellos, cruzada en la que no logra el apoyo de los príncipes y pretende, poniéndose al frente él mismo, conmoverlos y movilizarlos: «cuando vean marchar a la guerra a su Maestro y Padre, al Obispo de Roma y Representante de Cristo, un anciano enfermo y débil». Pero lo único que encontró cuando llegó a Ancona, ciudad desde donde debía partir la Cruzada, fue bandas desorganizadas que se dedicaron al saqueo. Así murió este Papa, amargado ante el fracaso de sus delirios de grandeza.



Papa Pío II

Cabe mencionar que Pío II promulgó unas tarifas por las cuales se perdonaba los distintos grados de pecados por medio de dinero, también tuvo que promulgar una constitución por la cual se le prohibía a los clérigos tener posadas, carnicerías, burdeles y casas de juego (cosa no poco habitual en aquella época).

Muerto Pío II, asume la tiara papal Pedro Barbo, cardenal de Venecia, con el nombre de Paulo II desde 1464 hasta 1471, al principio se comprometió ante los cardenales a llevar una reforma de la iglesia, fue solo habilidad política para obtener el pontificado; pues una vez en el poder no solo no acometió la tan necesitada reforma sino que acrecentó su absolutismo, sus fastos y vicios; pues era amante de las fiestas, de las joyas y las diversiones hasta el exceso, sobre todo era fanático de los carnavales tan típicos de su Venecia natal.



Papa Paulo II

«Paulo II vistió de rojo a los cardenales para que semejasen reyes en torno a un César, él invento toda suerte de uniformes y vestimentas para que la corte pontificia fingiese el aspecto de una corte de sátrapas babilónicos; él bebía como los romanos de la decadencia, vinos carísimos en copas hechas de piedras preciosas; él, por último gastó mas de dos millones de reales en aquel tiempo tan solo para fabricarse una tiara, en la cual pesaban con tanta pesadumbre los brillantes, rubíes, zafiros y piedras preciosas que el día que llegó a probarse aquella corona, estuvo a punto de sentir aplastada la frente» *(La revolución Religiosa, Emilio Castelar)*



Papa Sixto IV

A la muerte de Paulo II le sucede Sixto IV, del 1471 al 1484, los mismos historiadores católicos concuerdan que una vez hecho Papa se convirtió en un déspota cínico y violento, usando el nepotismo para tener el control religioso,

político y militar absoluto, colocando en los puestos principales a familiares suyos. Famoso es el caso de uno de sus sobrinos, el cardenal Pedro Riario, quien a la edad de veinte años fue nombrado por su tío como Obispo de Tréveris, arzobispo de Sevilla y Florencia, y Patriarca de Constantinopla, puestos por los cuales recaudaba una fortuna, la cual gastaba en banquetes en Roma que ni el mismo Nerón los hubiese soñado.

“Comparad al cardenal Riario en su palacio y al monje Savonarola en su convento; ved el sayal de éste y la púrpura de aquel; oíd las palabras parecidas al divino verbo con que el uno eleva las conciencias al ideal, y los versos sensuales y carnavalescos con que el otro lanza las almas a la corrupción; asistid a ese banquete de ideas en que se habla como hablaba Platón a sus discípulos y Cristo a sus apóstoles; y al otro banquete, el de la gula, de la lujuria, del vicio; comparad vida con vida, la riqueza de uno con la miseria del otro, los excesos de uno con la austeridad del otro; y decid luego si cabía dudar de que la reforma verdadera, la reforma ortodoxa, la reforma saludable estaba en la mente del predicador, del fraile, mientras el poder destinado a reformarse, si no quería morir de muerte gangrenosa, era aquel Pontificado convertido en una verdadera tiranía y que, a manera de todas las tiranías, solamente daba de sí corrupción y podredumbre” *(La revolución Religiosa, Emilio Castelar)*

Sixto IV construyó la Capilla Sixtina (de allí su nombre) y fue uno de los que más potenció la devoción a la Virgen María, a pesar de pertenecer a la orden franciscana y de haber hecho voto de pobreza, este Papa convirtió la sede apostólica en un bacanal.

Mientras la Iglesia de Roma se debatía entre ser gobernada por una monarquía papal o una oligarquía de cardenales; Savonarola se dedica al estudio de la Lógica, la filosofía de Platón y luego Aristóteles; pero con lo que realmente se apasiona es con los escritos del célebre Santo Tomás de Aquino y con el estudio de las Escrituras, de las cuales llega a tener un gran conocimiento y dominio de los pasajes bíblicos. Por su disciplina, perseverancia e inteligencia alcanza el título de Maestro de novicios y es designado para enseñar filosofía, pero no está satisfecho con esto, pues lo que él verdaderamente ama es el estudio de la Biblia; y se esfuerza por enseñar, no filosofía sino el Evangelio. Profundiza su conocimiento de la Teología, lo que le abre los ojos para ver la ruina moral en la que se hallan inmersos la civilización, la cristiandad y por sobre todo la jerarquía eclesiástica.

El joven Savonarola destaca por su fervor religioso, su práctica de la sencillez del Evangelio y su irrefutable testimonio personal. Girolamo creía firmemente que una vida transformada por Dios no debía quedarse aislada en un convento, sino que debía transformar la sociedad: la reforma interior debe producir una reforma exterior.

En 1486 se celebró una reunión de los de la orden de los dominicos, orden a la que pertenecían los más destacados predicadores de esa época. Entre ellos se encontraba el erudito Pico de la Mirándola que quedó impactado por el fuego de Savonarola. Unos dicen que Pico lo recomendó al prior del convento de San Marcos en Florencia, otros que se lo recomendó al mismísimo Lorenzo de

Médicis, gobernante de esa ciudad; lo cierto es que luego de unos años como predicador itinerante se trasladó de Boloña a Florencia.

Situación política y religiosa de Florencia a la llegada de Fray Girolamo

En la ciudad de Florencia la aristocracia feudal y guerrera fue vencida por el levantamiento del pueblo con el apoyo de la clase media, pero posteriormente la clase media se eleva por sobre todos; y su máximo representante son los Médicis enriquecidos por el comercio y la banca.

El Papa Sixto IV era enemigo acérrimo de los Médicis Julián y Lorenzo; por lo cual dio su aprobación a una conspiración para derrocarlos, asesinaron a Julián, pero Lorenzo pudo escapar y luego logró vengarse de sus conspiradores acrecentando aún más su poder en Florencia.

Girolamo entra a vivir en el convento de San Marcos de Florencia y al año es nombrado Instructor de Novicios. Este convento tenía gran reputación, tanto en lo espiritual como en lo artístico; personalidades como el pintor Fra Angélico, o Fra Bartolomé (pintó el famoso retrato de Savonarola), o Fra Benedicto, poeta, pintor miniaturista amigo y defensor de Savonarola, plasmaron su arte en este convento.

Mientras el joven Girolamo crece en su conocimiento de las Escrituras más crece su celo por una reforma eclesiástica. Necesidad más que evidente cuando puede comprobar de primera mano en Florencia la degradación moral imperante. Se dedica con esmero al estudio, la oración, el ayuno, y aumenta en intensidad el fuego de su predicación. Aunque en sus primeros sermones no destacó en absoluto por talentoso, y llegó inclusive a renunciar a la idea de predicar, pues se veía poco dotado para ello.

Eso sí, ante la retórica de algunos que predicaban con grandes palabras sin decir absolutamente nada provechoso, contestaba:

«La elegancia del lenguaje tendrá que ceder, ante la sencillez del modo de predicar la verdadera doctrina»

Le conmovía profundamente la corrupción de la sociedad, donde lo habitual era:

«Los prelados que no se inquietan de sus rebaños, y que los corrompen con sus malos ejemplos; los sacerdotes disipando los bienes de la Iglesia; los predicadores ocupándose de curiosas vanidades; los frailes dejándose arrastrar a toda clase de desórdenes; los fieles no obedeciendo a sus prelados; los padres y las madres educando mal a sus hijos; los príncipes oprimiendo a sus pueblos y aumentando sus disensiones; los ciudadanos y mercaderes no pensando más que en ganancias; las mujeres en futilidades; los campesinos en el robo; los soldados en blasfemias y en crímenes»

Es nombrado predicador, y entre 1485 y 1489 recorre las ciudades trastornándolas con un mensaje directo, sin ambigüedades, llamando al arrepentimiento tanto a gobernantes, aristócratas, personas del vulgo y aún al mismo Papa de Roma. Su alma gemía al ver Italia volviendo al paganismo, a la superstición o a la astrología.

«Las iniquidades y los pecados se han multiplicado en Italia, porque se ha perdido la fe en Jesucristo» (Girolamo Savonarola)

La idea fundamental de Girolamo era la Renovación de la Iglesia básicamente en dos procesos, una reforma del clero mediante la obra de un reformador, y la reforma de los fieles mediante la obra del clero reformado.

Prior de San Marcos

A la muerte del papa Sixto IV le sucede Inocencio VIII (del 1484 al 1492). Bajo este papa la decadencia de la curia romana se precipitó vertiginosamente, y para sufragar los suntuosos gastos incrementó la simonía, aumentando y vendiendo los cargos curiales al mejor postor. Motivado por fines económicos buscó restablecer las relaciones con los Médicis, casando a su hijo (el hijo del papa) con la hija de Lorenzo. También con el objeto de congraciarse con los Médicis nombró cardenal al hijo de Lorenzo, de nombre Juan, de solo trece años de edad; éste más tarde llegaría a ser papa con el nombre de León X, y pasaría a la historia como el Papa que no pudo impedir la revolución de Lutero.

Pero volvamos al convento de San Marcos de Florencia, donde Girolamo Savonarola es nombrado Lector y Teólogo. Las clases que daba a los novicios eran tan notables que atraía a todos los frailes, como también a todo tipo de personas, de tal manera que la sala quedaba pequeña; así que debió salir al jardín para enseñar, pero al quedar pequeño el jardín debió hacerlo en la iglesia de San Marcos, y cuando esta quedó pequeña fue menester darle la Catedral de Florencia.

En el 1494 es designado Prior de San Marcos, a los 40 años de edad.

Intenta retornar al cumplimiento de la Regla que por la decadencia moral de los conventos había quedado relegada; no logra el apoyo de la Congregación Lombarda por lo cual decide la separación del convento de San Marcos con aquella congregación, aplicando en San Marcos una vida conforme al ideal evangélico. Soñaba que desde Florencia la reforma espiritual alcanzara a toda Italia.

Les enseñaba a los novicios que no pusiesen sus ojos en las imperfecciones de sus hermanos, pues si entraban al convento esperando encontrar el paraíso en la tierra pronto abandonarían el llamado, sintiéndose frustrados; les enseñaba que mientras estuviesen en este mundo deberían sobrellevar las debilidades mutuamente.

«Algunos desean vivir entre los santos excluyendo a los malos e imperfectos. Y cuando no encuentran lo que quieren, abandonan su vocación y se van, pero si deseas huir de toda maldad, debes dejar este mundo»

«Si tú ves algo que no te gusta, piensa que fue hecho con buena intención. Muchos son, en el fondo, mejor de lo que tú imaginas».



CONVENTO DE SAN MARCOS DE FLORENCIA

Dispuso que en el convento las tareas llamadas viles, como por ejemplo la limpieza, huerto, cocina, etc. no fuera trabajo exclusivo de los novicios sino que todos debían realizar estas tareas sin distinción de rangos.

Si las palabras de Savonarola eran poderosas, su ejemplo lo era aún más, nunca mandaba hacer algo a otro que él mismo no estuviese dispuesto a hacer; y en cuanto a las tareas del convento se reservaba para sí la limpieza de los sitios más repugnantes. Dormía cuatro horas al día, y llevó adelante una reforma tal que el convento de San Marcos pronto creció en número debido a su fama de pureza de vida evangélica. Tenía el sueño de convertir al convento de San Marcos en centro misionero, por lo cual dispuso que allí se estudiase además del latín, el hebreo, el griego, el árabe y el caldeo.

No dejaba Savonarola de predicar contra los vicios del papado, y la hipócrita democracia de Florencia, solo República de nombre; pues al fin y al cabo todo pasaba por la voluntad de una sola persona: la de Lorenzo el Magnífico.

Por cierto, el convento de San Marcos debía su esplendor a la ofrenda de los Médicis, pero Girolamo no doblaba sus rodillas por dinero, así que no le daba ninguna adulación a Lorenzo, ante el asombro de este.

Cuando Girolamo fue elegido prior, no cumplió con la costumbre de sus antecesores de rendirle pleitesía al mecenas de Lorenzo; su respuesta ante los que le insistían en agradecer al poderoso Médicis fue que, como sólo a Dios le debía su elección como prior, sólo a Dios le rendía gratitud y obediencia.

Solía Lorenzo de Médicis visitar el convento para ver si Savonarola le dedicaba algún tiempo, pero el monje no dejaba ni sus estudios, ni su trabajo, ni su

oración por atender a algún poderoso; esto desquiciaba al gobernante de Florencia. Ante visita tan ilustre siempre algún monje corría hasta la celda del prior para avisarle que Lorenzo estaba allí, « ¿Me ha llamado?» Preguntaba Girolamo, «No, pero....» le respondían, «Entonces dejadle pasear solo, hasta que se canse» respondía un inmutable Savonarola.

Algunas veces enviaba Lorenzo a alguno de sus amigos para tratar de seducir la voluntad del monje, pero este le respondía: «Id, y responded de mi parte a Lorenzo de Médicis que haga penitencia por sus pecados»

En ese entonces sus conciudadanos no comprendían el porqué de su reacción. Pero cual profeta que extiende su mensaje a los tiempos, su actitud nos ilumina hoy cinco siglos después al ver a muchos ministros del Evangelio correr presurosos para rendir pleitesía a los poderosos de la tierra; ya sea por el motivo de obtener favores, o recibir alguna ofrenda generosa. Los tales predicadores, por miedo de ofender “al mecenas”, no son capaces de llamarle al arrepentimiento, ni de recordarle que el dinero no puede cubrir los pecados, ni se paga con diezmos la entrada al cielo.

Savonarola con su ejemplo sigue hoy golpeando el rostro desvergonzado de los ministros que han cedido al soborno del poderoso; de los que han dejado de oír la voz de Dios por oír el sonido de las monedas cayendo en el cofre de las ofrendas; de los que conocen bien el rostro de los billetes pero han olvidado el rostro de Aquel que los llamó por su gracia.

Savonarola afirmaba que no dejaría de predicar la verdad aunque le pusiesen dinero delante, así como

«Un perro fiel no deja de ladrar en defensa de su amo, aunque le echen un hueso»



Lorenzo de Médicis "el magnífico"

Era aquella una época en la que florecía el arte, florecía la ciencia, florecían los descubrimientos; pero la Iglesia se marchitaba con la corrupción de sus líderes.

Allí es levantado Savonarola, y su predicación resuena como la del profeta invitando al arrepentimiento, llamando al pecado por su nombre y predicando sin tapujos sobre el juicio terrible que conlleva el desobedecer el llamado del Evangelio. Algunos acusan a Savonarola de místico exaltado, de haberse creído verdaderamente iluminado por Dios en sus profecías, de confundir sus deseos con visiones celestiales; pero lo cierto es que si tomamos en cuenta la situación político-religiosa que le rodeaba, descubriremos que lo que decía no era producto del fanatismo, sino de una gran carga por las almas perdidas ante tanto desenfreno. Y a la luz de esta verdadera vocación y pasión ministerial sus errores, que como todo ser humano los tuvo, resultan muy pequeños ante su titánica obra.

«El Señor no excusa a nadie de su justicia, y no le teme a los príncipes de la tierra» fue su respuesta a la recomendación por parte de Lorenzo, a que se moderase en su predicación.

«La piedad de Dios es también el sufrimiento de Dios. Es la eterna crucifixión de Su Hijo. Este rey coronado de espinas con el cetro de caña y cubierto de escupitajos, que vosotros creéis haber sepultado su cuerpo y su sangre en el sepulcro de mármol y oro de vuestras iglesias. Vosotros habéis pintado en vuestros frescos su rostro de gloria. Pero su verdadero rostro, el auténtico, os golpearía de terror.» (Girolamo Savonarola)

El pueblo acudía en multitud a escuchar sus sermones, les predicaba acerca de la humildad, de que el verdadero tesoro era la vida espiritual y no las riquezas que nunca terminaban de saciar al alma. Se identificaba con los pobres viviendo de forma austera, sin ostentación ni codiciando nada material, esto era inédito en aquella época en que los líderes religiosos se aprovechaban de sus cargos para entregarse sin freno a la vida mundanal. El alma del joven Savonarola se quebraba en llantos al ver las multitudes en absoluta ignorancia de las verdades eternas, vagando verdaderamente como ovejas sin pastor.



«Bajo una nueva unción del Espíritu Santo, sus sermones en que condenaba al pecado eran tan impetuosos, que muchos de los oyentes se quedaban por algún tiempo aturdidos y sin deseos de hablar en las calles. Era común, durante sus sermones, que se oyesen resonar los sollozos y el llanto de la gente en la iglesia. En otras ocasiones, tanto hombres como mujeres, de todas las edades y de todas las clases sociales, rompían en vehemente llanto» (Biografía de grandes cristianos, Orlando Boyer)

Contra la tiranía:

También alzaba la voz contra los gobernantes tiranos, que oprimían al pueblo y vivían de forma licenciosa con los impuestos de los que menos tenían. Denunciaba la perversidad de los Médicis, y en vano intentó Lorenzo acallar la voz de Savonarola, ya sea mediante amenazas o mediante donaciones de dinero, el fraile no se doblegaba ante los poderosos del mundo.

Girolamo profetizó que Lorenzo de Médicis, el Papa Inocencio VIII y el rey de Nápoles morirían en un año y así ocurrió.

Lorenzo de Médicis, llamado el Magnífico, fue un gran mecenas, protector de artistas, poetas y pensadores; de los cuales siempre estuvo rodeado y adulado. Mas estando ya en el lecho de muerte y frente al temor de la eternidad, donde las esculturas, pinturas y filosofías platónicas no pueden consolar el alma, pues no la acompañarán al más allá, ni la defenderán en el juicio final; Lorenzo manda llamar a aquel cuya cabeza nunca se había inclinado ante él, ni sus pies habían corrido presurosos ante el sonido de las monedas de oro cayendo en el cofre de las ofrendas.

Mandó llamar a Girolamo, de quien decía que era el único verdadero religioso que había conocido, para que le confesara; a lo que el monje como siempre permaneció impasible. Le rogaron mucho sus hermanos del convento que fuera a ver al moribundo, hasta que por fin aceptó. Lo que sucedió en ese encuentro es motivo de divergencias entre biógrafos e historiadores, pero básicamente lo que sucedió fue lo siguiente: Una vez frente al lecho de Lorenzo, le habló de la misericordia de Dios que podía perdonar sus pecados. Más tres cosas, dijo, le era necesario hacer a Lorenzo si quería morir en completa paz: En primer lugar debía tener “una completa confianza en la misericordia de Dios”, Lorenzo le respondió que la tenía. En segundo lugar “debía restituir a los pobres de todo aquello que les hubiese despojado”, Lorenzo no tuvo mas remedio que aceptar, pues el temor de la muerte le apremiaba. Entonces llegado a este punto el monje le mira fijamente, la solemnidad de su rostro y de su hábito se agigantan en aquella habitación cargada de lujo, y su boca como siempre se abrió para decir la verdad sin acepción de personas. En tercer lugar, dijo: “Devuelve la libertad a Florencia”. Y esas palabras rompieron la máscara carnavalesca de hipocresía con que aquel tirano de Lorenzo pretendía conseguir las gracias del paraíso, aflorando de su ser el verdadero déspota que siempre había sido, por toda respuesta se dio media vuelta en la cama dando la espalda al monje sin pronunciar palabra.

Girolamo no era insensible ante el lecho del dolor de un moribundo, pero si Lorenzo pretendía su bendición sin un verdadero arrepentimiento, se había equivocado de confesor. Savonarola se fue por donde había venido y condenado quedó Lorenzo en su obstinado despotismo, y condenada quedaba Florencia; pues a los 43 años de edad moría el Magnífico Médicis, para gobernar en su lugar su hijo Pedro, peor tirano y mediocre en todo.

Leamos algunas reflexiones que con gran agudeza hace Savonarola acerca de los tiranos. Mas no nos limitemos a interpretar esto de un tirano político solamente; podemos aplicarlo también al “tirano espiritual”, al líder religioso, al ministro que gobierna una congregación con despotismo; y nos asombrará ver como algunos “líderes cristianos” cumplen con “los requisitos para ser un tirano”:

«Tirano se dice de un hombre de mala vida y pésimo entre todos los otros hombres, que pretende dominar por la fuerza al resto. Y merece en particular este nombre quien de su condición de ciudadano se ha erigido en tirano. Para empezar, el tirano es soberbio, queriendo siempre destacar sobre sus iguales, y en especial pretende distinguirse entre los que, siendo mejores que él, merecerían tenerle por debajo. Es también envidioso, puesto que le mortifica el éxito de los demás y en particular el de sus conciudadanos. En efecto, no puede soportar que alguien sea elogiado, si bien muchas veces no le quede más remedio que disimular y escuchar en silencio mientras se le corroen las entrañas. De igual manera, se alegra el tirano de las injurias ajenas y hasta tal punto que desearía que todo hombre fuese vituperado para verse solamente él ensalzado. Por lo demás, debido a que las sospechas, las tribulaciones y los diversos temores están siempre royéndole el corazón, se refugia en los placeres como medicina para sus aflicciones: por eso mismo, pocas veces o casi nunca se encuentra un tirano no entregado a la lujuria y a las delectaciones carnales. Y como no puede mantener su posición ni delectarse en los placeres que se le van antojando sin una gran cantidad de dinero, se sigue su desordenado afán de

riquezas: por eso, todo tirano es avariento y ladrón. En efecto, no sólo se apropia del principado, que en realidad pertenece a todo el pueblo, sino que usurpa aquello que es de propiedad común, a lo que habría que añadir todo aquello que su codicia le impulsa a robar de los ciudadanos particulares, normalmente con sutileza y de manera oculta, pero a veces incluso a las claras. Se sigue de todo lo dicho que el tirano acaba por reunir en sí todos los pecados posibles. En primer lugar, porque vive en la soberbia, la lujuria y la avaricia, que son las raíces de todos los males. En segundo lugar, porque habiendo puesto su único fin en el poder que detenta, no hay cosa que no haga por mantenerlo. No existe mal en el que no esté dispuesto a entrar si es a propósito de defender su dominio; ni escatima, tal y como la experiencia nos enseña, medio alguno que le permita resistir en el poder; reúne, sea en sus intenciones, sea en sus costumbres, todos los pecados del mundo. En tercer lugar, puesto que su nocivo gobierno causa innumerables pecados en el pueblo, es el tirano tan responsable de éstos como si él mismo los hubiese cometido. Y cada parte de su alma la encontramos depravada. Su memoria conserva siempre presente los agravios recibidos (incitándole a la venganza), pero se olvida pronto de los favores de los amigos; su intelecto siempre lo hallamos ocupado en maquinando fraudes, engaños y otros males; tiene la voluntad abarrotada de odios y perversas intenciones, su imaginación está llena de falsas y retorcidas representaciones; en fin, todos los sentidos exteriores los tiene ocupados en hacer daño, en satisfacer su concupiscencia, o bien en detrimento y perjuicio del prójimo, porque todo en él rebosa ira y desdén. Y todo esto le sucede porque ha puesto su único fin en mantener un dominio que es difícil, o más bien diremos imposible, de mantener por mucho tiempo: porque ningún violento es eterno. Está obligado a vivir siempre en alerta, porque quiere mantener por la fuerza lo que de suyo es precario. Y porque su fin es siempre malo, toda cosa que disponga en vista a tal fin es por fuerza también malo. Por lo cual el tirano ni piensa, ni recuerda, ni imagina, ni hace nunca excepto cosas nocivas; y aun cuando hace alguna cosa buena, no la hace por que pretende un bien, sino sólo por conquistar fama y hacerse amigos, para poder mejor mantenerse en su perversa condición. Resulta así similar al diablo, rey de los soberbios, que no piensa nunca en otra cosa que en el mal; y si alguna vez dice alguna verdad y lleva a término alguna cosa que contiene algo de bien, todo está en realidad subordinado a un execrable fin, y en especial a saciar su gran soberbia. Del mismo modo el tirano destina todas sus buenas acciones a servir a su endiosamiento, el cual con cualesquiera artes y medios trata de conservar. Por eso, cuanto más benévolo se muestra exteriormente, es tanto más astuto y perverso, y es tanto mejor discípulo del más artero diablo, que se transfigura en ángel de luz, para así asestar mejor su más temible golpe.» (Girolamo Savonarola,

Tratado sobre la República de Florencia y otros escritos políticos, ed. F. Fernández Buey)

«...No quiere tener a los ciudadanos como compañeros, sino como siervos...el tirano es pésimo por lo que se refiere al arte de gobernar. En esta materia todos sus esfuerzos se orientan a obtener básicamente tres cosas. Primero, que los súbditos no sepan cosa alguna del arte de gobernar, o limitadísimas cosas y de poca importancia, con el fin de que éstos no comprendan la naturaleza de sus nefastas acciones. Segundo, intenta crear discordia entre los ciudadanos, y no solamente en la ciudad, sino también en los castillos, villas, casas, entre sus ministros, y aun entre sus consejeros y familiares; puesto que así como el

gobierno de un justo y verdadero monarca se conserva por la amistad de los súbditos, así mismo, la tiranía se conserva gracias a la discordia general; y el tirano favorece siempre a una de las partes, para que, teniendo sometida a la otra facción, le arrope en el poder. Tercero, intenta siempre reducir el poder de los grandes hombres, para sentirse más seguro; y en consecuencia elimina o perjudica a los hombres superiores en nobleza, en inteligencia o en cualquier otra virtud...» (Girolamo Savonarola, *Tratado sobre la República de Florencia y otros escritos políticos*, ed. F. Fernández Buey)

«Honra a los aduladores, con el fin de que cada uno se esfuere en elogiarlo y en secundarlo, pero odia a los que dicen la verdad, porque no quiere ser reprendido: así le indignan y no quiere a su lado hombres que libremente dicen lo que piensan...Con astucia intenta corromper todas las buenas leyes porque evidentemente son contrarias a su injusto gobierno: por eso hace continuamente nuevas leyes de acuerdo con sus intereses personales...Quien tiene el valor de censurarlo es ineludible que se esconda, porque será perseguido hasta los confines del mundo.»

«...no soporta no ser el primero: de modo que, donde no llegan sus solas facultades, alcanzan el fraude y las trampas...En resumen, bajo el tirano no existe cosa estable, porque todo se rige según su voluntad, la cual no sigue el dictado de la razón, sino de sus pasiones. Por lo que todo ciudadano bajo él vive expuesto a su soberbia, toda propiedad peligra por su avaricia, toda castidad y honra femenina vive pendiente de su lujuria.» (Girolamo Savonarola, *Tratado sobre la República de Florencia y otros escritos políticos*, ed. F. Fernández Buey)

Por una reforma de los ministros

Contra los líderes de la Iglesia Católica Romana también alzó su voz, denunciando que los sacerdotes descuidaban la eternidad de las almas de los fieles, y solo se concentraban en los bienes y el poder de este mundo sin poner en práctica lo que predicaban desde sus púlpitos. Savonarola estaba consciente de que la corrupción de la cristiandad se debía a la corrupción del clero, y que era allí donde se debía comenzar la reforma.

«Una iglesia que devasta, que ampara a prostitutas, mozalbetes licenciosos y ladrones, y en cambio persigue a los buenos y perturba la vida cristiana no está impulsada por la religión sino por el diablo, al que no sólo se le puede sino que se le debe hacer frente» (Girolamo Savonarola)

«Una mujer, un niño, ovejas descarriadas han caído en el pecado, Cristo las ha perdido. El buen sacerdote las encuentra y las devuelve a Cristo. El mal sacerdote las adula, diciéndoles: <Yo sé bien que no se puede siempre vivir castamente y guardarse del pecado> Y poco a poco las atraerá alejándolas de Cristo más que nunca... Yo no nombro a nadie, pero es preciso decir la verdad. El mal sacerdote, lejos de volverla a Cristo, guarda para sí la oveja descarriada. Todas las ciudades de Italia están llenas de estos horrores. ¡Si supierais lo que yo sé! ¡Cosas repugnantes, horribles! Cuando pienso la vida que llevan los

sacerdotes, no puedo contener mis lágrimas... ¿Cómo defienden a sus ovejas? Yo os lo diré sin faltar al respeto que debo a los buenos pastores. Pero los malos, se han convertido en proxenetas para conducir las ovejas a la boca del lobo...” (Girolamo Savonarola) (Definición de Proxenetista: Persona que induce a la prostitución y vive de las ganancias de una prostituta.)

«¡Oh prelados! ¡Oh columnas de la Iglesia! ¡Mirad a ese sacerdote que se va muy alegre luciendo su hermosa cabellera, su bolsa y sus perfumes! Id a su casa, encontraréis sus mesas cargadas de platería, sus salas adornadas con tapices y blandos sillones. Encontraréis perros, mulas, caballos y tantos ornamentos, abundancia de sedas y sirvientes. ¿Creéis que estos buenos señores puedan abrirnos la Iglesia de Dios?» (Girolamo Savonarola)

«Vosotros los veis llevando sobre sus cabezas mitras de oro, adornadas con piedras preciosas, y con báculos pastorales de plata, parándose delante del altar con capas pluciales de brocado, entonando lentamente las vísperas y otras fiestas con gran ceremonia, con un órgano y cantores, hasta que os quedáis estupefactos... Ciertamente, los primeros prelados no tenían tantas mitras, ni tantos cálices de oro; y se desprendían de los que tenían para ayudar a las necesidades de los pobres.

Nuestros prelados obtienen sus cálices quitando a los pobres aquello que es su sostén.

¡En la Iglesia primitiva había cálices de madera y prelados de oro, pero ahora tiene la Iglesia cálices de oro y prelados de madera!» (Girolamo Savonarola)

Su predicación estaba fundamentada en las Escrituras, e instaba a todos a volver a ellas:

«Los curas y los frailes no deben ir todo el día de paseo, ni emplearlo en visitar a las comadres; es necesario que estudien las Escrituras...» (Girolamo Savonarola)

«Y vosotros, hermanos, que queréis comprender las Escrituras y que queréis predicar: aprended la caridad y ella os enseñará. Teniendo caridad las comprenderéis» (Girolamo Savonarola)

«¡Dios no quiere ayunos sino que evitéis el pecado en vuestra vida...! Huid de Roma, porque Babilonia significa confusión, y Roma confundió las Sagradas Escrituras...

Confundir la virtud con el vicio es confundirlo todo... Huid de Roma y venid al Arrepentimiento...» (Girolamo Savonarola)

La compleja situación política de la época

Las Dos Sicilias y la Cerdeña estaban en posesión de los españoles, simpatizando con ellos Pedro de Médicis, regente de Florencia; pero los florentinos no pensaban lo mismo, prefiriendo como mal menor a los franceses.

En 1494 Carlos VIII rey de Francia conquistó el reino de Nápoles, Savonarola vio esto como parte del juicio de Dios. Cuando el 28 de octubre de 1494 Carlos VIII penetra en los territorios florentinos, Pedro de Médicis trata de pactar con el rey francés para evitar el saqueo de Florencia y le entrega las fortalezas vecinas. Pero los florentinos vieron esto como una traición cobarde, y lo tomaron como una oportunidad de liberarse del opresor y déspota Pedro de Médicis; quien ante una revuelta popular debe huir el 9 de noviembre. Savonarola impide el derramamiento de sangre predicando desde su púlpito que la solución a los males de Florencia no vendría por la lucha armada, sino por medio de un verdadero arrepentimiento y penitencia

Por pedido del gobierno interino de la ciudad, fray Girolamo encabeza una delegación de embajadores y se entrevista con el rey de Francia Carlos VIII a las puertas de Florencia. Ante la mediación exitosa del monje, el rey entra a la ciudad sin saquearla ni causarle daño alguno, esto eleva al máximo la figura de Savonarola.

El rey de Francia se instala en el palacio de los Médicis sin intención de abandonarlo, ante esto Savonarola se entrevista con él y logra que se aleje de Florencia.

La ciudad había quedado en una posición delicada, por un lado al quedar sumisa al rey de Francia quedaba mal parada ante los demás príncipes italianos que estaban en contra del francés. En cuanto a lo económico, la fuerte suma de dinero que Pedro de Médicis, antes de ser derrocado, se había comprometido a darle al rey de Francia para su campaña militar dejó a Florencia en grave crisis económica.

Savonarola propone las siguientes medidas para paliar la situación:

- Abolir el parlamento oligárquico de los Médicis y establecer un gobierno republicano con asambleas democráticas.
- Que se levantasen limosnas para suplir las necesidades de los pobres tanto de la ciudad como del campo, y si no fuese suficiente la limosna se vendiesen las alhajas y tesoros de las iglesias.
- Abrir las tiendas y talleres de inmediato para dar trabajo a los artesanos.
- Suprimir los impuestos que ahogaban a las clases más desfavorecidas, replazándolos por un tributo sobre la renta.
- Velar porque la justicia realmente dicte sentencias justas.

Desde siempre Savonarola había luchado contra la tiranía y el absolutismo, sea en el plano del Estado como en el de la Iglesia.

Expulsados los Médicis, Savonarola queda como el personaje más influyente de Florencia, participa en el liderazgo político de la ciudad formando la República democrática de Florencia, donde las leyes se dictarían a partir de los preceptos bíblicos.

«Es preciso adoptar una forma de gobierno que no permita a nadie dominar la ciudad en lo futuro, y bajo la cual todos los ciudadanos, contentos con su suerte, se crean felices conservando la libertad que Dios les ha dado, viendo reunirse en Florencia la sencillez, la humildad y la caridad enseñada por Cristo» (Girolamo Savonarola)

Defendía Savonarola el que se debía reformar las costumbres y las instituciones políticas; la reforma de las costumbres era obra de la religión, la reforma de las

instituciones era obra de la libertad. Veamos algunos de sus pensamientos políticos

“El mejor gobierno sería una República, como la de Venecia, pero sin Dux, en la cual los principales cargos públicos sean elegidos”

“Se debe preferir el bien de la república al de nuestros propios intereses”

“Se debe conceder una amnistía general a los partidarios del régimen caído”

“Para que estas reformas sean posibles, es preciso ante todo restablecer la concordia entre los ciudadanos, olvidar las antiguas querellas y perdonarse las ofensas. Si haceis todas estas cosas con buena voluntad, os prometo en nombre de Dios la remisión de todos vuestros pecados, y la gloria eterna en el paraíso”

Todas estas ideas fueron aceptadas por el pueblo y los gobernantes, llevando adelante una verdadera revolución pacífica sin derramar una gota de sangre, ¿en donde queda el juicio imparcial de los que condenan al monje por su obra política? Eran tiempos donde una vida valía unas pocas monedas, y la ambición justificaba los medios más atroces. Daremos un ejemplo que nos hará una idea de lo que se vivía en aquella época: uno de los hijos del Papa Alejandro VI, César Borgia, mató a su hermano Juan Borgia para obtener mayores privilegios, además de matar luego a su cuñado (el esposo de Lucrecia Borgia), todo esto fue de público conocimiento en Roma, pero el Papa que estaba al tanto de todas estas cosas mandó cerrar el caso y no se habló más de ello.

Sin embargo Savonarola combatía con la palabra, con el ejemplo, con la fe, sin derramar sangre, sin fomentar la venganza, sin dejarse corromper por el poder.

«La verdadera libertad, la única que es libertad, consiste en la determinación de llevar una buena vida. ¿Qué clase de libertad puede ser aquella que nos somete a ser tiranizados por nuestras pasiones? Bien, pues, para volver al objeto de este discurso, ¿deseáis vosotros, los florentinos, la libertad? ¿Deseáis, ciudadanos, ser libres? Entonces, sobre todas las cosas amad a Dios, amad a vuestros vecinos, amaos unos a otros, amad a la patria. Cuando tengáis este amor y esta unión entre vosotros, entonces tendréis la verdadera libertad». *(Girolamo Savonarola)*

No es cierto, como algunos afirman, que Savonarola quiso establecer una teocracia intolerante en Florencia. Aunque no la consideraba como el estado de gobierno más perfecto, deseaba una República democrática, ya que por lo general el gobierno de uno solo (monarquía) terminaba casi siempre en tiranía.

Mas en cuanto a la reforma de las costumbres estaba convencido que era misión de la Iglesia, y que era imposible tener paz por fuera, si no se tenía paz en el corazón con Dios. La corrupción de la sociedad solo podía traer juicio y males mayores, era necesario afirmar la República en valores cristianos.

En uno de sus sermones dijo:

«¡Y bien Florencia! Dios quiere darte un rey que te gobierne: este rey es Jesucristo. El Señor quiere gobernarte por si mismo, si tu consistieses en ello. Dejate conducir por él y no hagas como Israel que pidió un rey a Samuel, a quien Dios respondió: Dáselo puesto que no me quieren a mí para gobernarlos,

no es a ti sino a mi a quien han despreciado. Florencia no los imites, toma a Cristo por rey y obedece sus leyes.

Jesucristo que es el Rey del universo, ha querido hacerse tu rey de una manera especial. Florencia: ¿lo quieres por tu rey?

El pueblo respondía que sí y gritaba:

¡Viva Jesucristo nuestro rey!»

No olvidemos que hasta entonces Florencia venía siendo gobernada por tiranos, así que ante esta nueva libertad los ánimos estaban exaltados. Y aunque Savonarola no era el gobernante de Florencia, ni estaba en su ánimo serlo, era muy difícil que no participara de las decisiones que se tomaran, pues los mismos gobernantes iban al convento continuamente para consultarle. Fue difícil separar política de religión y de esto se le acusa a fray Jerónimo, pero más bien: ¿los culpables no eran los propios gobernantes a quienes Savonarola les entregó la forma de la República y ellos fueron incapaces de llevarla adelante con eficacia? Savonarola era un hombre espiritual y todo su pensamiento, conducta e ideales eran espirituales, así como su conducta era en todo irreprochable. Mas él era pastor de almas no gobernante; el fracaso de la República no fue culpa de Savonarola, sino de que la ausencia de un político capaz de tomar el relevo en las cuestiones de gobierno hacía que todo el peso de la responsabilidad recayese sobre Girolamo.

Mal asunto es mezclar religión con Estado, mal asunto es que quien tiene la responsabilidad de salvar almas tenga también la responsabilidad de salvar las políticas de gobierno; esto no podía terminar bien de ninguna manera. Pero al culpar a Girolamo se exculpa a los malos gobernantes que no supieron llevar adelante las reformas que exigía el momento histórico, fueron ellos los que no estuvieron a la altura.

Savonarola poseía el intelecto, la voluntad, la visión y la amplitud de los típicos genios del Renacimiento, pero a diferencia de aquellos, Savonarola no trabajaba sobre lienzos y frescos, sobre granito, mármol o metales preciosos, sino sobre las almas. Las obras de arte de aquellos genios duermen hoy en los museos, y aunque su valor económico es inestimable, las reproducciones baratas llenan el planeta. Pero la obra de Girolamo, obra espiritual incalculable, sigue reproduciéndose valiosísima en los corazones de aquellos que son alcanzados con el fuego del Evangelio, del cual él fue una antorcha encendida.

La obra de Savonarola fue incomprendida en su tiempo, pero aunque él no pudo comer de los frutos del árbol que plantó, las generaciones venideras sí pudieron. Como dijo el catedrático católico de filosofía Emilio Castelar, acerca de Savonarola en su obra publicada entre el 1880 y 18882, La Revolución Religiosa:

«Cuando los hombres libres se sientan aligerados del peso de sus cadenas; cuando las conciencias emancipadas se dirijan a Dios sin la interposición del inquisidor o del verdugo; cuando las familias se acojan a la sombra de instituciones benéficas y prueben la virtud de sabias leyes; no sabrán cuántos de estos beneficios deben al pobre monje de las visiones y las penitencias; ni cuantas de las grandezas reales que los rodean y los protegen, se rociaron con las lágrimas de sus ojos y se abonaron y crecieron con las cenizas de su hoguera. Estos son los redentores de todos los tiempos, los redentores cuya estirpe no se ha acabado en la tierra y cuya voz no se ha extinguido en el tiempo, los

redentores que tendrán siempre altares y templos, pues lloran para que los demás rían, padecen para que los demás gocen, combaten para que los demás triunfen, y mueren para que los demás vivan.» (La Revolución Religiosa, Tomo I, pág. 606)

Reforma de las costumbres

Es aquí donde la historia es más dura con el monje Girolamo, se le acusa de extremista fanático porque condenaba desde el púlpito la lujuria, la homosexualidad, la vida licenciosa, las borracheras, el juego, la prostitución, el lujo y la indecencia en el vestir. Claro, hablamos de la historia narrada según la versión de los incrédulos, ¿pero no son estas cosas el fruto de un verdadero avivamiento? ¿O puede haber un verdadero avivamiento donde se hace la vista gorda al pecado?

A pesar de ser el hombre más influyente de Florencia, Girolamo pasaba horas de oración, ayunos, estudio de las Escrituras, soledad de meditación, contemplación de la grandeza y los atributos de Dios. Luego se levantaba de sus rodillas para dirigirse al púlpito donde al abrir su boca las palabras traspasaban como saetas los corazones, que temblaban, gemían y lloraban compungidos al escucharlo. Las multitudes que abarrotaban la Catedral eran impactadas profundamente por la predicación de Fray Savonarola; produciendo un cambio evidente en las costumbres de la sociedad. Después de oír sus sermones, las personas se agrupaban y se retiraban a algún lugar de la ciudad o la campiña, donde pasaban el resto del día cantando himnos espirituales. Los jóvenes se interesaban por la fe con inusitada seriedad; era frecuente ver a los trabajadores en las horas de descanso leyendo y comentando pasajes de las Escrituras o los sermones del fraile.

También estableció Savonarola un “monte de piedad” donde se le prestaba dinero a los necesitados sin cobrarles más interés que el mínimo necesario, acabando de esta manera con la tan extendida usura de los prestamistas.

El llamado al arrepentimiento y el considerar la vida eterna dio su fruto, las personas traían los objetos de vanidad para ser quemados, también se organizaron grupos de niños que iban casa por casa recogiendo estos objetos para ser destruidos. Libros paganos o anticristianos, vestidos lujosos, cuadros sensuales, vicios, cosméticos, pelucas, postizos, disfraces y máscaras de carnaval, todo era traído a la plaza de Florencia para construir enormes piras que se incendiaban. Fueron famosas y se conocen como las “hogueras de las vanidades”.

Se le acusa a Savonarola de haber promovido que las personas quemaran libros de los antiguos escritores romanos y griegos, y también obras maestras del Renacimiento; es decir objetos que hoy tendrían incalculable valor. Pero Savonarola no luchaba contra museos, u objetos que hoy solo serían piezas inofensivas de exhibición; luchaba contra todo aquello que producía en el corazón del hombre un apego de las cosas materiales en detrimento de las

espirituales. ¿Debería preocuparle al monje predicador el valor futuro de estos objetos o el alma de sus fieles? Que los coleccionistas de hoy critiquen todo lo que deseen a Jerónimo, pero las almas que fueron llevadas a la Cruz para salvación son mucho más valiosas que unos objetos que tarde o temprano serán destruidos. De esto se trata, de apartarse de lo que promueve la vanidad, de destruir el anatema. ¿Qué dice la Escritura que sucedió en Éfeso y en toda la región por la poderosa predicación del apóstol Pablo?

Hechos 19:17-20 *Y esto fue notorio a todos los que habitaban en Éfeso, así judíos como griegos; y tuvieron temor todos ellos, y era magnificado el nombre del Señor Jesús. Y muchos de los que habían creído venían, confesando y dando cuenta de sus hechos.*

Asimismo muchos de los que habían practicado la magia trajeron los libros y los quemaron delante de todos; y hecha la cuenta de su precio, hallaron que era cincuenta mil piezas de plata.

Así crecía y prevalecía poderosamente la palabra del Señor.

Savonarola no combatía al arte sino que pastoreaba almas, y esa era su prioridad. El arte es efímero, las almas eternas.

Pero de todos modos quienes consideran a Savonarola enemigo del arte olvidan maliciosamente que grandes artistas como Paolino del Signoraccio, Bartolomeo della Porta (maestro de Rafael) fueron seguidores y discípulos de Savonarola, Rafael mismo le respeta (lo representa en uno de sus cuadros), y el gran Miguel Ángel le admira. No, de ninguna manera es Jerónimo un loco exaltado, un fanático intolerante o un monje oscurantista, es uno de los genios del Renacimiento y el tiempo le dará la razón.

Girolamo no luchaba contra el arte en sí, sino contra el sincretismo (sistema filosófico que intenta conciliar doctrinas diferentes), donde la mezcla produce confusión, la confusión genera doctrinas erróneas, las herejías hacen vagar al pueblo por los precipicios de la ignorancia y lo despeñan en el abismo de la condenación.

La verdad y la mentira, Cristo y los dioses del Olimpo, las Sibilas del paganismo, las venus, las vírgenes, las musas, las ninfas y las mujeres de la Biblia; los oráculos, las pitonisas y los profetas del Antiguo Testamento; la magia, la mitología, la astrología, la superstición y el Evangelio; los ángeles y los cupidos; los filósofos de Atenas y los apóstoles; todos a una, mezclados como si fuesen lo mismo en un cáliz embriagador y dado a beber al pueblo por aquellos que deberían ser sus pastores. El pueblo desfallecía espiritualmente por falta de conocimiento.

Los Papas gastan fortunas como mecenas del arte, en un arte que mezcla los relatos bíblicos con la sensualidad, donde el tema del Evangelio es solo un pretexto para que los artistas compitan entre sí adornando palacios e iglesias. Pero la ignorancia de la verdad hace perecer a los pueblos, y el renacimiento de la cultura de nada sirve si no va acompañado de un renacimiento del espíritu. Y la culpable de esto no era otra que la Iglesia de Roma, que gobernaba a la cristiandad.

Renacía la pintura, el grabado, la escultura, las letras, la arquitectura y todas las ciencias, era la época de los grandes genios; pero la Iglesia se marchitaba bajo la

mano tiránica por los más perversos y corruptos pontífices. Contra todo esto tronaba desde el púlpito el genio reformador del monje Girolamo.

Savonarola, gemía contra los ministros que en vez de estar cuidando las almas de los fieles se «pasaban las noches en el lecho de las cortesanas y los días en las murmuraciones de los claustros»

«El altar se ha convertido en el mostrador de los clérigos; antes tenían vergüenza, ahora ni siquiera saben avergonzarse»

La predicación de Savonarola era Cristo-céntrica, llamaba a todos a reconocer a Cristo como verdadero Señor y Salvador. Esto llevó a que se levantara contra el fraile un movimiento llamado los arrabiati o enojados, que se oponían a que la ciudad se volviese un lugar donde la moralidad se impusiese; no querían cambios en una ciudad que hasta hace poco era libertina. Es comprensible que a los que estaban a favor de los vicios, o que se lucraban con ellos, la predicación del monje los llevara a odiarlo; también los fabricantes y comerciantes de objetos de lujo, al ver disminuidos sus ingresos, procuraban destruir la reputación del fraile.

Además, los de la orden franciscana de la ciudad al ver que todos sus fieles se iban tras Savonarola tuvieron celos y procuraron destruirlo, por aquella época dominicos y franciscanos eran eternos y encarnizados rivales.

De igual modo Girolamo era admirado por muchos del pueblo, tanto de las clases pobres o altas, así como por personajes distinguidos tanto en Italia como en Europa; artistas, políticos, intelectuales y prelados le consideraban unos un santo, otros un genio, muchos ambas cosas.

Los Médicis y sus partidarios aún se movían a la sombra esperando el momento oportuno para asestar el golpe y recuperar el gobierno de Florencia, estos odiaban a Girolamo. Pedro de Médicis que había sido expulsado de Florencia halló amparo en Roma al lado de su hermano, el cardenal Juan, quién pasaría a la historia como León X, el papa que no supo frenar a Lutero.

También los antiguos aristócratas que aborrecían la República democrática, aborrecían con igual intensidad al monje. La persecución contra el fraile siempre tuvo una raíz política, Savonarola quería una República sin tiranos y simpatizaba con Francia, pero el resto de los príncipes de Italia quería que Florencia se uniera a la liga opositora contra Francia, y que los Médicis retornasen al poder. Sea como fuese, el monje era un obstáculo para las ambiciones de muchos, y por sobre todo para las ambiciones del Papa.

La predicación y la elocuencia de Savonarola desarmaba a todos sus adversarios y conmovía a todos los que de buena gana le oían, desde el más humilde hasta los gobernantes, príncipes y reyes no podían resistir a su palabra; su influencia era fuera de lo común. Aun así, con todo el poder del que era capaz de ejercer, nunca cambió sus costumbres humildes y sencillas, su vida simple y despojada de todo lujo u ostentación, jamás utilizó su fama o prestigio para beneficio propio.

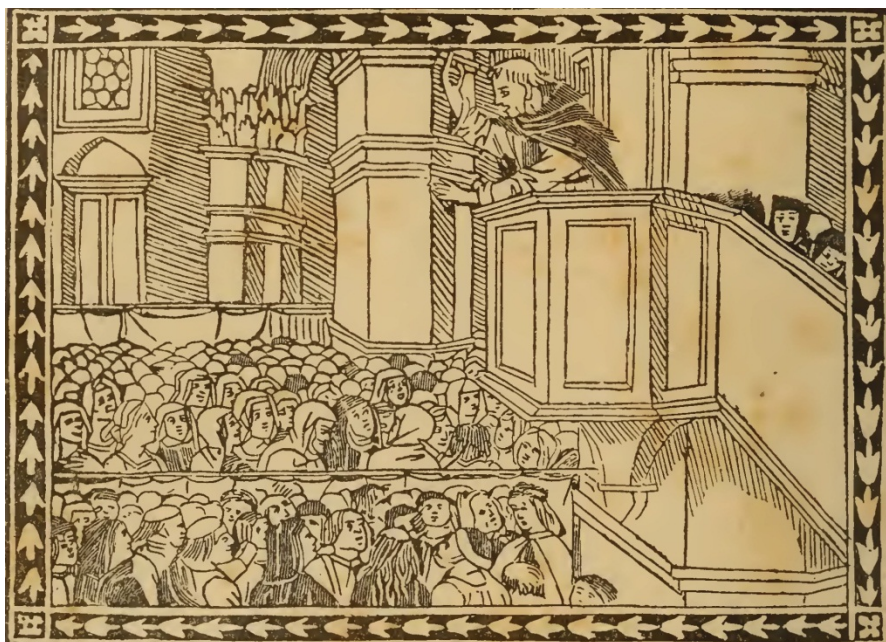
Consideremos por un momento esto, si Girolamo se hubiese aprovechado de su posición estratégica dedicándose a la buena vida, a disfrutar de las mieles del éxito, del merecido reconocimiento; si hubiese utilizado sus contactos para

beneficio propio, rebajando el tono de su predicación para agradar los oídos de todos, seguramente su final hubiese sido otro. Pero como dijo el Señor Jesús:

Mateo 6:19-21 *No os hagáis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín corrompen, y donde ladrones minan y hurtan; sino haceos tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni el orín corrompen, y donde ladrones no minan ni hurtan.*

Porque donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón.

¡Cuanta diferencia con algunos que llamándose a si mismos siervos de Dios se aprovechan de su posición para beneficio propio, piensan que si Dios les permite administrar riquezas es para disfrutarla ellos mismos; o que si Dios les permite puestos de autoridad es para acumular y ostentar poder sobre los demás! Savonarola tenía su tesoro en el cielo y allí estaba siempre su corazón.



Savonarola Predicando

Una voz profética

«...otro me dice que soy hereje – Pruébamelo ¿Qué he dicho yo que huela a herejía? – dicen que he supuesto que soy profeta. – No lo he dicho, pero si así fuese ¿dónde esta la ley que me condena?- Dicen que pretendo ser enviado de Dios. – No lo he dicho, pero en todo caso ¿por qué no podría decirlo? ¡¿Podéis afirmar que no sea verdad?!...»
(Girolamo Savonarola)

La predicación de Savonarola fue verdaderamente profética, no por predecir el futuro, sino porque expuso claramente la condición de un pueblo que se decía cristiano pero cuyo corazón estaba de espaldas a Dios. Sus sermones eran azotes para los tiranos, para los líderes religiosos que tomaban la piedad como fuente

de ganancia, para los malos gobernantes, para los que se complacían en la maldad y sobre todo para los tibios. A los tibios le dedicaba Jerónimo sus más fuertes palabras, pues eran ellos los que exteriormente se preocupaban por mostrarse piadosos participando en toda actividad de la iglesia y ostentando “espiritualidad”, mas por dentro estaban llenos de corrupción. Los tibios para Savonarola eran aquellos que no hacían directamente el mal pero buscaban atajos para no hacer el bien, buscaban el hacer sus propios deseos pero aparecer justificados delante de los demás hombres. Para Jerónimo la tibieza era la situación mas trágica del alma, llegó a dedicarles palabras como estas: «Es mejor ser meretriz, soldado, rufián, por así decir, que tibio» pues «dichos tibios me parecen peor que el diablo».

No es de extrañar que la predicación de Savonarola escandalizara a los hipócritas, a los tibios, a los que deseaban un cristianismo laxo y tolerante con el pecado, a los que pensaban que cumpliendo algún ritual exterior serían justificados interiormente. El hombre era culpable por su infidelidad a Dios, eso predicaba este profeta, y sin verdadero arrepentimiento, sin verdadera conversión no habría escapatoria de la ira de la que se había hecho merecedor. Hasta ahora los florentinos estaban acostumbrados a la predicación de aquellos ministros cuyas vidas no eran consecuentes con sus sermones, pero Girolamo era alguien cuya vida era un ejemplo vivo del Evangelio, y cuya conducta era genuina y transparente. Ante tal situación solo podía suceder dos cosas: el más sincero arrepentimiento o el más acérrimo endurecimiento, y las dos cosas produjo la voz profética de Savonarola. Fue amado y odiado, admirado y perseguido, obedecido y menospreciado; pero de ningún modo se podía estar indiferente ante su voz como la de una trompeta de Dios ¿acaso no es esto lo que produce un verdadero profeta?

«Estos señorones, como si no supieran que son tan humanos como los demás, quieren que todos los honren y bendigan. Pero el verdadero predicador no puede adularlos, sino que tiene que atacar sus vicios. Luego, no pueden soportarlo, porque no se comporta con ellos como lo hacen los demás.» (Jerónimo Savonarola)

«Yo no puedo vivir cuando no predico» decía fray Jerónimo

«Cuando empecé a hablar sobre el alimento que no muere, no pudiéndolo hacer sin ofender a los de mala vida, se desencadenaron los odios contra mí»

Se le ha acusado a Savonarola de extremista, ¿pero es que acaso se puede ser medio honesto, medio puro, medio recto, medio santo, medio sincero, medio valiente, medio cristiano? Fue extremista, porque había dos extremos que elegir, frío o caliente; y él eligió ser todo fuego para Dios. ¿Qué dijo el Señor Jesús con respecto a esto, a la iglesia de Laodicea?

Apocalipsis 3:15-19 *Yo conozco tus obras, que ni eres frío ni caliente. ¡Ojalá fueses frío o caliente!*

Pero por cuanto eres tibio, y no frío ni caliente, te vomitaré de mi boca.

Porque tú dices: Yo soy rico, y me he enriquecido, y de ninguna cosa tengo necesidad; y no sabes que tú eres un desventurado, miserable, pobre, ciego y desnudo.
Por tanto, yo te aconsejo que de mí compres oro refinado en fuego, para que seas rico, y vestiduras blancas para vestirte, y que no se descubra la vergüenza de tu desnudez; y unge tus ojos con colirio, para que veas.
Yo reprendo y castigo a todos los que amo; sé, pues, celoso, y arrepíentete.

En cuanto a la política, Savonarola no permanece indiferente, lucha contra la tiranía. Afirma que si bien es necesario que uno sea el que gobierne, ese gobierno del uno solo, es bueno únicamente cuando busca el bien de todos y no el de sí mismo. El fin de la política no es el poder sino el bien común. Savonarola es todo lo opuesto a Maquiavelo.

Alejandro VI sucesor de Inocencio VIII

A la muerte de Inocencio VIII le sucede en el trono papal Rodrigo de Borja, o más conocido como Rodrigo Borgia, en italiano. Nacido en Valencia, España, de una familia perteneciente a la nobleza. Recordemos que en esa época nadie llegaba a ser Papa si no tenía detrás de sí un poder político, económico o militar que le respaldase. Y Rodrigo Borgia no era la excepción, realizó su ascendente y meteórica carrera en la estructura eclesiástica gracias al nepotismo (favoritismo para con los parientes) por parte de su tío, el Papa Calixto III quien lo nombró cardenal diácono y vicescanciller con solo 25 años de edad. Recibió de su tío abundantes nombramientos, como el de obispo de Gerona, Valencia, Cartagena, Mallorca, etc. Esta acumulación de títulos, poder e influencia, le proporcionaron tales ingresos que llegó a ser uno de los dos cardenales más ricos de su tiempo; llevando un estilo de vida propio de un príncipe del Renacimiento. En su estadía en Roma desempeñó hábilmente por muchos años su cargo como vicescanciller hasta llegar a ser proclamado Papa. Su elección como Sumo Pontífice estuvo marcada por el escándalo de la simonía (compra o venta de bienes espirituales por medio de bienes materiales), ya sea por dinero o por promesas de futuro reparto de posiciones de poder dentro de la curia.

Tomó el nombre de Alejandro VI, fue Papa desde el 1492 al 1503. Fue un hábil político, ambicioso, y un eficaz gobernante sin escrúpulos ni moralidad.



Papa Alejandro VI – Rodrigo Borgia

«Elegante en sus comportamientos, versado en el derecho y hábil en los negocios políticos y en la administración de la curia, fue víctima de una gran sensualidad y del excesivo amor por los hijos que tuvo de diferentes mujeres. En los años 1462-1471 nacieron Pedro Luis (nombrado por Fernando el Católico, duque de Gandía), Jerónima e Isabel de madre desconocida. De Vannozza de Catanci tuvo los cuatro más célebres: César, Juan, Joffre y Lucrecia; siendo papa tuvo a Juan Borja, duque de Camerino, y a Rodrigo, de madre desconocida. Durante algunos años de su pontificado mantuvo relaciones con Julia Farnese, aunque no tuvieron hijos.» *(Diccionario de los Papas y Concilios, Editorial Ariel, de edición católica con la aprobación del arzobispado de Madrid)*

En cuanto a los judíos, Alejandro VI por un lado estuvo de acuerdo con la expulsión de ellos de España, pero a la vez les abrió las puertas de Roma a los judíos adinerados que pudiesen pagar un impuesto por su estadía. Alejandro VI tuvo varias amantes y varios hijos a los que exhibía con orgullo, y a los que concedió privilegios eclesiásticos y gubernamentales. Famosa es su hija Lucrecia Borgia a la cual usó como moneda de cambio para sus alianzas políticas.

Todo esto no sería motivo de extrema condena si estuviésemos hablando de un mero político, gobernante o soberano terrenal, pero estamos hablando del “Sucesor de San Pedro”, de un “Pastor Universal de las almas”, del “Líder de la cristiandad” de esa época. ¿Qué había de San Pedro en Borgia? ¿Qué había de pastor espiritual en este ambicioso materialista? ¿Qué había de santidad en este amante de las orgias? Nada. No es nuestro menester juzgarlo como político o como gobernante, sino como pastor y obispo de almas, ya que es ese el lugar que se atribuía a sí mismo declarándose sucesor del ministerio petrino. Nadie puede negar la corrupción moral que le sustentaba, la ambición sin límites y el descuido absoluto de las almas que debió pastorear. ¿En qué reflejó a Cristo en su vida? Simonía, nepotismo, despotismo, intrigas palaciegas, fornicación, asesinato, incesto, adulterio y otras tantas maldades se acumularon sobre el

papado de este “Representante de Cristo en la tierra” que dejó pequeños en sus vicios a los faraones de Egipto, a los reyes de Babilonia y a los Césares de Roma.

Savonarola y Alejandro VI

Desde su púlpito acusaba Savonarola a los líderes de Roma, por «ostentar descaradamente todos los crímenes que el orgullo, la avaricia y la lujuria hacen cometer».

Al principio el Papa trató astutamente de ganar a Girolamo para su causa, usando el método del soborno como era su costumbre, y mediante un enviado papal le ofreció primeramente el obispado de Florencia, y luego el capelo cardenalicio (el sombrero rojo de cardenal) para silenciarlo; pero el monje no tenía puesto los ojos en los bienes terrenales e ignoró las tentaciones que le ofrecía el pontífice, al igual que las amenazas; eligiendo el vituperio antes que volverse atrás.

«Yo no quiero otro capelo que el del martirio, enrojecido con mi propia sangre.»

«Si yo hubiera aspirado a dignidades, sabéis perfectamente que no andaría usando ahora hábitos raídos. Estoy completamente preparado para dar mi vida por el cumplimiento del deber.»

«Solo en ti, Dios mío, pongo mi gloria; no quiero sombrero cardenalicio, ni mitra grande ni pequeña. No deseo sino aquello que le fue concedido a tus santos: la muerte.»
(Girolamo Savonarola)

De momento, y ante esta respuesta tan inesperada, el Papa dio órdenes de que no se molestase más a Savonarola, pues había demostrado su limpieza de corazón rechazando el soborno.

Contra la simonía (compraventa de bienes o cargos espirituales) tronaba Girolamo desde su púlpito:

«Tú, prelado que compras abundante beneficio, eres un ladrón; tú, padre que lo compras para tus hijos, eres un ladrón. No vendáis, ni compréis las cosas espirituales que deben recibirse y darse por amor a Dios»

Y en cuanto a la obediencia decía:

«Yo declaro que si el Papa se dejara persuadir falsamente por los fariseos, y me mandara que no predicase, como esta orden sería contraria a la cultura de la viña del Señor, yo no obedecería a las palabras sino a las intenciones.»

“Si un prelado me mandase algo contrario a nuestras instituciones y a la viña del Señor, yo no debería obedecerlo, esta es la opinión de Santo Tomás. Por

ejemplo, si me mandaran faltar a mi religión yo no estaría obligado a obedecer. Tal es también la opinión de San Bernardo y otros doctores.» (Girolamo Savonarola)

«Cuando todo el poder eclesiástico está corrompido, es necesario ir a Cristo quien es la causa primera, y decirle: Tú eres mi Confesor, mi Obispo y mi Papa» (Girolamo Savonarola)



A pesar de que ya han pasado más de quinientos años, y poco a poco el mundo católico va reconociendo la gran obra de este fraile, aun sigue figurando en la lista de los herejes, y la curia romana se niega a restituirle su honra (aunque tampoco la necesita ni la hubiese querido viniendo de ministerios prostituidos). Al cumplirse los 500 años de su muerte, la Orden de los Dominicos pidió la revisión de su caso y que se le retirase la condena por herejía, pero el Vaticano con el Papa Juan Pablo II a la cabeza se opuso tajantemente.

Esa parte del catolicismo aún condena a Savonarola por “el execrable delito” de no someterse en “santa obediencia” al Papa; consideran esto inadmisibles e intolerables y gritan con todas sus fuerzas: «¡Abajo la libertad de conciencia! ¡Herejes a la hoguera!»

En realidad, quienes así actúan, están condenando otra vez a Savonarola por ser santo, exculpando a la vez a Alejandro VI por su “normal” corrupción conforme a “las costumbres de la época”.

En nombre de la “unidad de la Madre Iglesia” castigan el “exceso de celo” o “exaltado temperamento” del monje, y gustosamente toleran un Papa que pervirtió la cristiandad con sus simonías, fornicaciones, lujurias, despotismo y nepotismo; más preocupado por coleccionar amantes que virtudes.

¡Oh si! Perdonémosle al “representante de Cristo en la tierra” al “Sumo Pontífice”, al “Santo Padre” que haya vivido como un demonio; pero jamás perdonemos al santo monje que se negó a obedecerlo. Si esto no es la hipocresía religiosa personificada ¿entonces que es? ¡Cuánta razón tenía cuando exclamaba ¡huid de Roma!

Estos mismos “fervientes católicos” se apresuran a justificar la escandalosa desobediencia del Papa Alejandro VI al Evangelio, al cual no creyó, ni practicó,

ni predicó; sino que con su vida licenciosa negó contundentemente. Y todo en nombre de la “santa obediencia”. Con gusto volverían a encender la hoguera para quemar al monje que prefirió obedecer a Dios antes que a los hombres, porque amaba más la gloria de Dios que la de los mortales.

Pero obedecer a la injusticia no tiene nada de santo, ni desobedecer al impío tiene nada de hereje.

Estos que aún hoy siguen culpando de herejía a Savonarola se escandalizan por sus sermones, pero de ningún modo se escandalizan por la corrupción de los líderes religiosos; justifican al impío y condenan al inocente, envían directamente al paraíso a Alejandro VI y a Savonarola lo mandan al infierno; aplauden al falso profeta y al verdadero lo apedrean. Pero ¿no es esto lo que sucedía también con los profetas que Dios enviaba a Israel?

Girolamo era consiente del final que le esperaba, mas no rehuía de él

«Me preguntáis en general, cual será el final del conflicto. Yo contesto: la victoria. Pero si me lo preguntáis en particular, os contestaré: la muerte.» (Girolamo Savonarola)

«Si me veis asesinado o arrojado de aquí, perseverad en la verdad y no os turbéis. Considerad que ha pasado lo mismo a todos los que han profetizado antes que yo. Han sido perseguidos y condenados a muerte.» (Girolamo Savonarola)

Alejandro VI dictó un “breve papal” (documento) en el que ordenaba que Girolamo fuese enjuiciado, pero las autoridades de Florencia le recordaron al Papa que Savonarola había evitado el saqueo de la ciudad por parte del rey de Francia, entonces el Papa limitó el castigo a que se le prohibiese predicar hasta que se hubiese entrevistado con él. Pero Savonarola no reconocía la autoridad del Papa, al que no consideraba “ni verdadero Papa ni verdadero cristiano”.

Girolamo sostenía que si bien la autoridad del Papa era superior en jerarquía a la suya; los inferiores, aun reconociéndose como tales, solo debían obedecer a la justicia.

«El Papa es infalible en cuanto Papa, porque entonces marcha derecho en la vía del deber. Cuando se equivoca no es mas Papa, y si manda mal, no es como Papa como él manda.»

«Si os mandan algo contrario al honor no debéis obedecer aunque sea el Papa quien lo mande. Pero se dice “*Papa omnia potest*”. Decidme: si el Papa todo lo puede ¿podría decir a un hombre casado que deje a su mujer y se case con otra? Luego es claro que el Papa no puede mandar más que las cosas justas y razonables.» (Girolamo Savonarola)

Girolamo deseaba un concilio general que depusiese al Papa por su corrupción evidente, pues había conseguido la tiara papal por la simonía y la había conservado mediante el crimen; haciendo de Roma una abominación y manchando a la Iglesia de Dios con sus adulterios.

«El Papa no es el sucesor de san Pedro sino a condición de imitar sus costumbres» (Girolamo Savonarola)

Entonces el Papa le excomulga, y amenaza a Florencia con un interdicto (es decir, se les negaría a todos los habitantes de la ciudad los sacramentos y el entierro en un cementerio bendecido; cosas que en aquella época eran sanciones terribles). También amenaza Alejandro VI a Florencia con cerrarle el comercio, no permitiéndole comprar ni vender; y si esto fuese poco ayudaría para que Florencia fuese conquistada por alguno de los principados vecinos, si no acallaban la voz del fraile que predicaba contra sus orgías.

«Esas excomuniones están hoy muy baratas y cualquiera por cuatro monedas puede hacer excomulgar a quién mejor le parezca.» (Girolamo Savonarola)

La Señoría, es decir el gobierno de Florencia le prohíbe predicar ante las amenazas del Santo Padre

«Anoche la Señoría me ha suplicado que no predicase más, y yo respondí a sus diputados: -Yo tengo todavía un Señor, yo sabré su voluntad y mañana os daré la respuesta desde el púlpito. -He aquí ahora lo que dice el Señor: <Suplicando a este fraile que renuncie a predicar es a mí a quien hacéis la demanda y no a él porque soy yo quien predica...> Cuando Dios quiera que yo predique, él me inspirará y yo predicaré, ya lo veréis. Por su gracia me veré libre de todo temor, de toda consideración humana. Cuando Dios quiera nadie podrá cerrarme la boca...» Concluyó su sermón diciendo “Señor, líbranos de todo mal. Yo te recomiendo las almas de nuestros adversarios, ilumínalos Señor, para que no vayan al infierno. Yo te recomiendo este pueblo; dale, Señor, tu bendición.»

Savonarola escribe cartas a los reyes de la cristiandad solicitando que actúen ante esta apostasía, que convoquen un concilio para reformar la Iglesia. Por ejemplo, les escribe a los Reyes Católicos diciéndoles que no importa que levanten templos materiales tan espléndidos, ni que arranquen tierras tan extensas a los paganos, si dejan arruinarse en las conciencias a la Iglesia espiritual de Jesucristo.

Pero las alianzas y los intereses políticos pudieron más y le dejaron solo.

Una de estas cartas cae en manos del Papa, cuando Borgia leyó esto decretó la muerte del profeta, y como dice en su obra filosófico-histórica el profesor católico Emilio Castelar:

«Morirá, mas en su hoguera se consumirá el alma de la Edad Media y se romperá la unidad de la Iglesia católica. El santo, el profeta, el mártir, ofrecerá a los potentados de la tierra la reforma de la Iglesia; y los potentados de la tierra, desoyéndole, preferirán ciegos y sordos, en vez de una reforma una revolución. Tras el patíbulo de Jerónimo Savonarola se alza la sombra de Martín Lutero.»

En 1498 el Papa Alejandro VI dicta en un nuevo breve papal su sentencia de juicio y ejecución.

«Un nuevo breve ha llegado de Roma, en el que me llaman hijo de perdición. Pero lo que debe decirse es que el que llamáis así no tiene mancebos ni concubinas, y emplea su tiempo en predicar la fe de Jesucristo. Sus hijas e hijos espirituales y cuantos escuchan sus doctrinas, no pasan el tiempo cometiendo infamias; sino que se confiesan, comulgan y viven honradamente. El fraile que excomulgáis se ocupa en enaltecer la Iglesia de Jesucristo y vosotros en destruirla...» (Girolamo Savonarola)

Y luego dice algo verdaderamente profético:

«Se acerca el tiempo de abrir la caja, daremos una vuelta a la llave y saldrá tanta infección, tanta inmundicia de la ciudad de Roma, que la peste se extenderá por toda la cristiandad.»

Sin duda, la Reforma Protestante que acontecería muy prontamente abriría esa caja, y ya nadie podría cerrarla.

Savonarola a pesar de las amenazas sigue predicando hasta último momento; pero el Domingo de Ramos, 8 de abril, una multitud de sus enemigos se dirigen al convento de San Marcos, lo asaltan, saquean, asesinan a quienes salen en defensa del fraile. Girolamo quiere entregarse a la turba, pero sus frailes y amigos no se lo permiten, toman las armas para defender el convento. Al final logra Savonarola convencerles de que las armas son inútiles, que ha llegado su hora. Algunos historiadores afirman que el número de muertos ascendió a unas cuarenta personas, la mayoría de estos muertos eran defensores del fraile, también sus casas fueron saqueadas. En medio de toda esta barbarie Savonarola es detenido con dos de sus amigos Fray Doménico y Fray Silvestre. Antes de ser detenido Jerónimo se dirige a sus hermanos los frailes del convento:

«Hijos míos; en presencia de Dios, hallándome delante de la sagrada hostia, y ya con mis enemigos en el convento, confirmo ahora mi doctrina. Lo que he dicho me ha venido de Dios, y Él me es testigo en el cielo de que es verdad lo que digo. No me podía imaginar que toda la ciudad pudiera haberse vuelto contra mí tan pronto; pero ¡cúmplase la voluntad de Dios! Mi último consejo para vosotros es éste: Que vuestras armas sean la fe, la paciencia, y la oración. Os dejo angustiado y con dolor, para pasar a manos de mis enemigos. No sé si me quitarán la vida; pero de esto estoy cierto, y es que muerto, podré hacer por vosotros mucho más en el cielo de lo que jamás haya podido hacer vivo en la tierra. Consolaos, abrazad la cruz, y con ello encontraréis el cielo de salvación.»

Savonarola, acusado de rebelión y herejía, es conducido a través de la plaza con las manos atadas a la espalda, es insultado, escupido y golpeado por la multitud de los contrarios.

El Papa mandó inmediatamente cuatro breves felicitando y dando gracias a la autoridad de Florencia por “tan magníficos sucesos”, dando autorización al

Vicario General para absolver a todos los que habían cometido homicidio en el ataque al convento de San Marcos; y felicitando también a los franciscanos por su “celo y victoria” al luchar contra el monje rebelde. Una vez más, y sin importar cuanta sangre hubiese sido necesario derramar, Alejandro VI, el Papa Borgia, el coleccionista de amantes, afianzaba su poder y el de sus hijos quitando de en medio al fraile que se oponía a sus delirios de grandeza y a su prostituido oficio papal.

Los partidarios de Savonarola son depuestos de sus cargos públicos y estos puestos son ocupados por los vencedores, otros partidarios fueron encerrados en la prisión, otros multados, y otros tuvieron que huir al exilio.

Encerrado en una celda de la torre de la Señoría de Florencia, Savonarola es durante cuarenta y dos días torturado por orden del Sumo Pontífice. Lo cuelgan de una cuerda atada a sus muñecas por la espalda, tiran mediante una polea de la cuerda hasta quedar el cuerpo suspendido y arqueado; para luego dejarlo caer, pero sin que llegue a tocar el suelo; donde colocan carbones encendidos debajo de sus pies. Por medio de la repetición de estas torturas le producen desgarros, traumatismos, quemaduras, además de desencajarle varios huesos; pero le dejan el brazo derecho intacto para que pueda firmar la confesión de arrepentimiento. Se le obligó a confesar delitos que no había cometido, todo esto bajo suplicio y tortura. Pero apenas recuperado del dolor volvía a negar todo, proclamando que lo que había predicado era solo la verdad de Cristo.

El 19 de mayo de 1498, llegan a Florencia dos delegados del Papa, el General de la Orden de los Dominicos, Joaquín Turriano, y un obispo español, Francisco Ramolino, esto era necesario para “garantizar la transparencia del proceso judicial”. Lo cierto es que Alejandro VI desde su burdel de amantes y bastardos, ya les había dado la orden expresa a ambos de que el monje debía morir.

El juicio se prolongó en exceso porque era tan burdo, tan viciado de nulidad que no encontraban forma de disimular aquella injusticia. Había que matar al fraile pero no había nada que realmente justificara ese crimen. ¿Como matar a un santo porque es santo? ¿Cómo matar al justo por ser justo? ¿Cómo quemar con fuego al fuego de Dios? Fue uno de los juicios más infames de la historia.

«¿Por qué, pues, colmado de tantas gracias, has llegado a ser por tu orgullo y tu deseo de gloria, un escándalo para el universo? ¿Por qué al caer no has sido deshecho? ¿No es acaso porque el Señor te ha alargado su mano? ¿Y por qué lo ha hecho? ¿Por qué ha vuelto tu corazón hacia sí? ¿Por qué te ha impulsado a la penitencia? ¿Por qué te ha consolado? ¿No es acaso para purificarte, rehabilitarte por su gracia, conducirte a la vida eterna? Estas no son ilusiones o imaginaciones forjadas por ti, son divinas inspiraciones.

“*In te, Domine, speravi*”. Por estas palabras mi corazón fue en tal medida consolado, que, no pudiendo retener más mi alegría, comencé a cantar: El “Señor es mi luz y mi salvación, ¿A quien temeré?” Y desecho en lágrimas, arrojándome a los pies del Señor, añadí: ¡Oh, Señor!, aun cuando ellos alcen contra mi sus ejércitos, mi corazón no se conmovió, pues vos sois mi fuerza y mi refugio, y a causa de vuestro nombre me guiaréis y me sustentaréis. »

(Girolamo Savonarola desde la prisión)

Martirio

Fray Savonarola y Fray Silvestre son nuevamente torturados para intentar arrancarle alguna palabra por la cual fuesen condenados, ambos deliran ante el dolor diciendo incongruencias que de ningún modo tienen validez jurídica. El otro discípulo de Savonarola, Fray Domingo Buonvicini, no fue torturado esta vez y se dispuso que quedase libre por falta de pruebas, pero el delegado papal, ante el temor de que una vez libre continuase con las enseñanzas de Girolamo, le pareció mejor que también debería morir «Poco importa un mal fraile de más o de menos» fue su conclusión.

El 22 de mayo se dicta la sentencia: Girolamo y sus dos frailes amigos son condenados a muerte por herejes y cismáticos; sin haber podido demostrar los jueces, ninguna de las acusaciones. Esta sentencia se leyó en ausencia de los imputados y de los magistrados de Florencia, impidiendo de esta manera el derecho a defensa de los acusados, una de las tantas aberraciones de esta farsa llamada “juicio”.

Le comunican a Girolamo la sentencia en su celda, él de rodillas orando, no se inmuta; su cuerpo molido por la tortura solo desea ser transformado en un cuerpo de gloria; su alma, habiendo peleado la buena batalla y acabado la carrera, solo anhela partir hacia el encuentro final con su Amado salvador.

Esa noche no quiso cenar, pues dijo que no quería que nada estorbara la meditación de su alma. Le fue concedido, como era costumbre en esa época, un confesor que le acompañase en sus últimas horas, en las cuales continuó meditando y orando. Cuando el sueño le venció pidió permiso a su confesor para recostar la cabeza sobre las rodillas de este, y así se quedó dormido hablando y sonriendo entre sueños, dejando admirado a su confesor que le contemplaba en silencio.

El otro condenado, Fray Domingo Buonvicini, escribió una carta al convento de donde era prior, para que custodiasen con celo las obras escritas por Savonarola, que fuesen encuadernadas y leídas todos los días.

El 23 de mayo de 1498 fueron conducidos los condenados a la capilla donde tomaron la comunión, Jerónimo pronunció unas palabras pidiendo perdón a Dios y a los hombres por sus faltas, por aquello en que hubiese servido de escándalo, por haber cedido ante la tortura lo cual le hacía sentir un abismo de miseria en su alma, lo confesó públicamente y dijo:

«Dejad que el abismo de mis pecados se disuelva en el abismo del perdón»

Consoló a sus dos discípulos que iban a ser ahorcados juntamente con él diciendo:

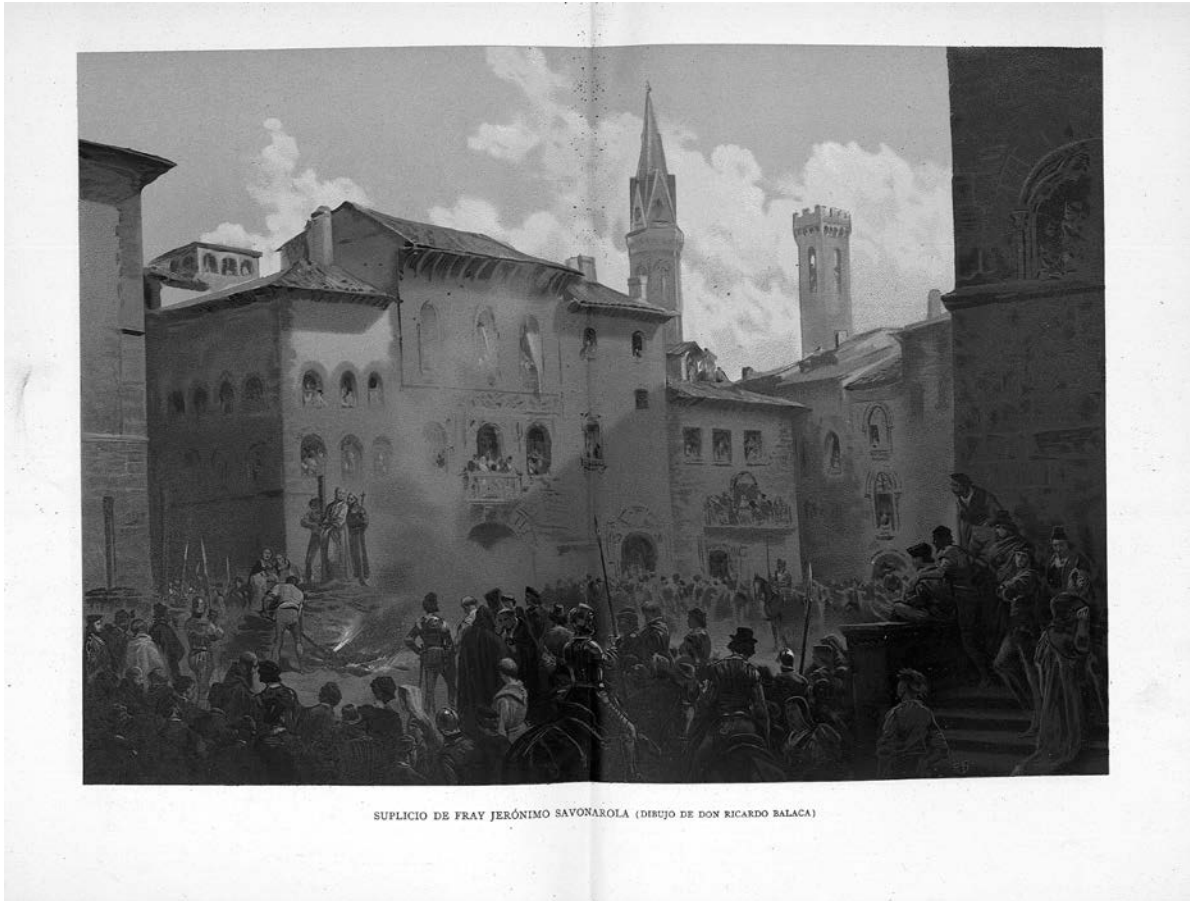
«No tenemos dominio sobre nuestras muertes. Debemos ser felices y así poder morir la muerte que Dios nos ha destinado»

Jerónimo podía decir como el gran apóstol Pablo:

2Timoteo 4:6-8 Porque yo ya estoy para ser sacrificado, y el tiempo de mi partida está cercano. He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe. Por lo demás, me está guardada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, juez justo, en aquel día; y no sólo a mí, sino también a todos los que aman su venida.

Fueron despojados de sus hábitos y se les dejó solo con una camisa de lana, luego se les colocó sus ornamentos sacerdotales para ser inmediatamente despojados de ellos en forma de desprecio y humillación.

El obispo de Vaison tomó de la mano a Girolamo y le dijo: «Yo te separo de la Iglesia militante y de la Iglesia triunfante» a lo que Savonarola respondió «Solo de la militante, lo otro está por encima de tus posibilidades»



Luego son presentados ante los emisarios del Papa que le leen la sentencia y les dan las “buenas nuevas” de que el Papa Alejandro VI (el mismo que consintió en sus torturas y muertes) “en un acto de infinita benignidad” les concedía la “absolución plenaria” de todos sus pecados.

En la gran plaza de Florencia, donde una vez las hogueras de las vanidades hacían volver los corazones de los hombres hacia Dios, se producía ahora un espectáculo grotesco: Fray Girolamo Savonarola, degradado por su Orden de Dominicos, despreciado por la Iglesia que quiso reformar, y traicionado por la República que tanto amaba, caminaba rumbo al patíbulo. La vanidad de un Papa le enviaba a la hoguera.

Sus dos frailes amigos son ahorcados primero ante su vista con el fin de agravar su dolor. Pero Savonarola que sabía cual era el fin de los justos y tenía puestos los ojos en Aquel que es vida eterna, no vaciló, subió al patíbulo como si estuviese subiendo al púlpito que lo hizo famoso; solo que esta vez predicaría con el ejemplo de un mártir, y su último sermón sería inmortal. El verdugo

cierte sobre su cuello la cuerda con que pretendían acallar la voz del profeta; un sacerdote le pregunta con qué animo enfrenta su martirio, y Girolamo exclama «¡El Señor sufrió tanto por mí!».



Ejecución de Savonarola en la plaza de Florencia

Luego de estrangulados, sus cuerpos son quemados hasta ser reducidos a cenizas y esas cenizas son arrojadas al río Arno para impedir que sus seguidores las venerasen.

El 23 de mayo de 1494 las llamas consumían el cuerpo de Girolamo Savonarola, de tan solo cuarenta y cinco años y ocho meses de edad. Pero la hoguera encendida por la vanidad de los corruptos no pudo derrotar al fuego celestial que ardía en las palabras y hechos de Savonarola. La voz poderosa de uno de los más grandes predicadores que ha existido fue apagada por la horca, pero su mensaje que proclamaba que la fe en Jesucristo es la que salva, y que no hay salvación sin profundo arrepentimiento, y que el arrepentimiento sin regeneración no sirve de nada, jamás será acallado.

Mateo 24:35 El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán.

Este material es un aporte de *Diarios de avivamientos*. Narración, edición y digitalización de *Gabriel Edgardo LLugdar*. Se permite la libre distribución sin fines de lucro, respetando los derechos de autor.

Bibliografía:

- Historia de las persecuciones políticas y religiosas en Europa D. Alfonso Torres de Castilla, Tomo II, Libro XV
- Biografía de grandes cristianos, Orlando Boyer,
- J. L. González Historia del Cristianismo
- La Revolución Religiosa, de Emilio Castelar (digitalizada por la Biblioteca Virtual Andalucía) con sus respectivas ilustraciones.
- Diccionario de los Papas y Concilios, edición católica de Editorial Ariel.

Última revisión 2022